

RESEÑAS		HISTORIA
<p><b>Una historia de proyectos fallidos</b></p> <p><i>Historia de la Primera República de Colombia, 1819-1831. “Decid Colombia sea, y Colombia será”</i></p> <p>ARMANDO MARTÍNEZ GARNICA Universidad del Rosario, Bogotá, 2018, 747 pp.</p> <p>EL LIBRO es extensísimo, profuso, denso. Está correctamente escrito, se nota que hubo pulcritud en el proceso de corrección, pero la letra es pequeñísima; quizás porque había que evitar los costos de un segundo tomo. Total, el suplicio es para el pobre lector que tendrá que ser esmerado, muy curioso, para someterse a la tarea de leer un mamotreto dedicado a una coyuntura poco conocida por nuestra historiografía profesional. No hay duda, si acaso pudo haberla, de que el autor conoce la época en las minucias; no omite detalle, y precisamente por eso, porque rinde culto al detalle, es que el libro se alarga. ¿Y tantas páginas, tanta anécdota, tanta narración, tanto dato y detalle han sido para contarnos qué? Vamos a intentar desenredar la gruesa madeja.</p> <p>El autor se propone explicar y narrar cómo, por qué no pudo imponerse, en los primeros decenios de tentativas organizativas republicanas, una nación que trascendiera el legado de identidades locales, de ordenamiento político-administrativo proveniente del Estado monárquico. Como bien lo explica, aunque hubo proyectos de “ambición desmedida”, terminaron por imponerse las fuerzas de inercia del viejo imperio y se pasó, de modo inexorable, a una “ambición restringida” de naciones a la medida de las fronteras que adquirieron fijeza, sobre todo fijeza de “las distintas autoconciencias” (p. XXI), desde el proceso de la conquista española de los territorios y poblaciones en América. Aquí, de entrada, queda expuesto un problema que la historiografía latinoamericana tendrá que seguir discutiendo: ¿es que antes de la crisis monárquica de 1808 ya puede hablarse de la existencia de una idea más o menos arraigada de nación? Por tanto, ¿la nación no es un invento tan reciente? En fin, según lo que demuestra el autor, el Estado</p>	<p>monárquico hizo bien su tarea de establecer una “vinculación diferenciada de todos sus vasallos naturales” a un mismo rey (p. XXV). El historiador Martínez Garnica explicará el fallido intento de trascender ese viejo orden en cinco frondosos capítulos.</p> <p>Los dos primeros capítulos tratan acerca de cómo se pasó del gran proyecto, iluso o ilusorio, de “una nueva nación llamada Colombia” (cuyo adalid fue Francisco de Miranda) que reuniese las antiguas audiencias de Caracas, Santa Fe y Quito, a un proyecto restringido, apegado a las circunstancias adversas en que se volvió inevitable pensar en las unidades territoriales legadas por el imperio español. Para Martínez, la década de 1810-1819 fue una “década perdida”, no hubo “realizaciones coronadas por el éxito” (p. 69) en el proceso de construcción de nación. Admite que hubo novedosos experimentos como “la eclosión juntera, la revolución en poder soberano, las declaraciones de independencia” y otras realizaciones políticas más, pero en lo que concierne a la construcción de nación todo fue fracaso. Para el autor, las divisiones provinciales, los heterogéneos intereses locales en disputa, impidieron que pudiese formularse con claridad “el proyecto de una nación neogranadina distinta e independiente de la nación española” (p. 95). En cambio, la década de 1820 parece ofrecer, en su examen, un panorama distinto; fue Simón Bolívar el portavoz de una “ambición política restringida” que quedó plasmada en la famosa Carta de Jamaica de 1815. Su propuesta era centralista y partía de admitir “la naturaleza distinta” de granadinos, venezolanos y ecuatorianos; pero la puesta en práctica de ese proyecto restringido, que parecía mucho más realizable que el de una gran nación, también tuvo tropiezos e incoherencias en su aplicación. Martínez Garnica da el ejemplo de cómo no pudo establecerse claramente el principio de la división de poderes cuando se les otorgó a los intendentes, según la Constitución de 1821, facultades ejecutivas y judiciales (p. 189). El largo segundo capítulo pone de presente, según los varios testimonios que expone el autor, que fue muy difícil organizar un Estado, un Estado entidad como un aparato administrativo lo suficientemente racional</p>	<p>para garantizar el funcionamiento adecuado de una burocracia o, aún más, que tuviese capacidad para formar una nueva y distribuirla por todo el territorio; capacidad para administrar las rentas públicas, para recaudar impuestos, para sostener las demandas de recurso del ejército. En fin, Martínez Garnica ha querido mostrarnos en una narrativa prolija por qué la élite encargada del Estado, en el decenio 1820, fue incapaz de administrar un proyecto de nación que abarcara lo que hoy es Venezuela, Ecuador y Colombia, y logra convencernos de que hizo falta un Estado capacitado para administrar, y con esa afirmación inicia el capítulo tres. No puede haber una nación si antes no hay un “Estado constituido [que] emprenda y mantenga en toda su fuerza las acciones que construyen la nación cuyos asuntos públicos administra” (p. 233).</p> <p>En el tercer capítulo quiere demostrarnos que hubo, durante el siglo XIX, un “proceso de nacionalización de la vida política colombiana”. La parte que dedica allí a la creación de una simbología que ayudó a diferenciar de modo notable y estable los tres nuevos Estados nacionales, luego del fallido intento de reunirnos en una sola gran entidad, puede provocarnos una ilusión de fijeza. Es cierto que muchos de esos símbolos han llegado casi intactos hasta nuestros tiempos, pero no nos parece tan cierto que la nacionalización de esos símbolos entrañe un Estado simbólicamente fuerte; más bien habla de una élite que logró ponerse de acuerdo para traer a la nación una simbología de orígenes foráneos y que les permitía a aquellos Estados en formación pertenecer al coro de las naciones modernas. Esta parte del libro merece ponerse en diálogo (algo que el autor no hizo) con otra obra reciente que examina en detalle esa problemática adopción de símbolos patrios; me refiero a la obra de Carlos Rincón, <i>Avatares de la memoria cultural en Colombia</i> (Pontificia Universidad Javeriana, 2015).</p> <p>El tramo final del libro explica bien una historia cuyo desenlace es el triunfo del peso de las tradiciones, de “los antiguos celos y rivalidades”, según palabras de alguien de aquella época. El dictamen del autor es que “la experiencia del desconcierto administrativo había derrotado la ambición co-</p>

HISTORIA		RESEÑAS
<p>lombiana, por restringida que hubiese sido” (p. 509). Quizás debamos agregar nosotros, como lectores críticos, que la obra muy generosa de Martínez Garnica deja expuesto un momento álgido en la construcción del Estado como aparato administrativo y es el momento de su precariedad tanto en recursos económicos como humanos para echar andar cualquier proyecto de nación, ambicioso o restringido. Se sabe que en los decenios de 1820 y 1830 no era posible contar con un nuevo personal en la administración del Estado, formado en premisas modernas de administración pública; las secretarías o ministerios eran todavía secciones improvisadas y ruinosas de la gestión gubernamental; era difícil deshacerse de empleados cuyas rutinas provenían del antiguo régimen español. Los consejos de Estado de esos años testimonian esa precariedad constante que, en varias ocasiones, llevó a Bolívar, Santander y otros altos funcionarios al desespero y desconcierto. Allí, en esa precariedad de una estructura estatal, se halla buena parte de la explicación de lo que narra este libro. Por eso, habrá que insistir en afirmar que el problema primordial en aquellos años, el desafío más inmediato, fue, para los gobernantes de esos decenios, construir un Estado a la altura de las dificultades y proyectos que había enfrente. Esa es la fase introspectiva del Estado, la de su propia organización interna, fase que no pudo cumplir a cabalidad mientras resolvía desafíos tan enormes como la deuda externa, las relaciones diplomáticas, el sostenimiento de un ejército, el cobro de impuestos, el censo de la población, la expansión de la instrucción pública. Por eso, en esos años, varios dirigentes políticos, por ejemplo el general Santander, clamaban por un manual de ciencia administrativa que reglamentara la organización interna del Estado con tal de poder hacer cumplir tantos proyectos y apremios en tantos frentes.</p> <p>De modo que el problema principal que nos deja ver este libro no es el de la puesta en marcha de un proyecto de nación; más bien, el problema genitor fue, en esos años cruciales (y lo sigue siendo hoy, por supuesto), el de la construcción de un Estado cuya eficiencia garantizase el monopolio legal de las armas, el ejercicio de la soberanía en</p>	<p>el territorio, la fiscalidad plena. En tal sentido, el libro ayuda a determinar cuál era el momento histórico del Estado. Y ese momento, sugerimos, era el de la necesaria reflexividad; antes de salir a moldear una nación, antes de salir a recorrer el territorio y ejercer controles, simbólicos y fácticos, sobre la población, el Estado necesitaba una organización interna. En esos decenios cruciales se estaba improvisando en varios frentes, en la formación de la estructura estatal, en la definición de modelos de gobierno, en el ejercicio cotidiano de actividades de Estado. Todo estaba en discusión, mientras prevalecían costumbres, valores y tradiciones mucho más sólidas que las novedosas ideas de una élite fragmentada por sus intereses.</p> <p>El libro es un hecho historiográfico apabullante; el libro es portentoso y exhibe la resultante de un proceso sistemático de estudio de una etapa clave en la formación de Estados nacionales en la América del Sur. El historiador ha demostrado una superioridad rotunda y que lo que él ha escrito acerca de lo acaecido es más importante, quizás, que los hechos mismos del pasado. Es decir, la representación de ese pasado se vuelve más imponente que el pasado mismo. Ahora bien, el libro es y será obra indispensable para comprender qué sucedió en los inicios de la formación del sistema político republicano y también nos muestra la raíz de dificultades que aún hoy persisten en el funcionamiento del Estado y en la formación de la nación. En ese sentido, satisface un prolongado vacío en la producción historiográfica colombiana. Lo que nos enseña esta obra sobre aquel momento histórico está teñido de escepticismo; no fueron los individuos los que se impusieron sobre las circunstancias. Al contrario, sus proyectos de unidad nacional fueron angostándose, porque las plurales y locales ambiciones, muchas ellas sostenidas en relaciones tradicionales del antiguo régimen monárquico, persistieron e impusieron sus condiciones. El historiador nos ayuda a recordar tempranos fracasos.</p> <p style="text-align: right;"><b>Gilberto Loaiza Cano</b> Profesor titular Departamento de Filosofía Universidad del Valle</p>	